

CÓMO ENSEÑO “ECONOMÍA I” Y POR QUÉ

Juan Carlos de Pablo¹

En 1990, en la Universidad de San Andrés (UDESA), ante la primera camada de alumnos dicté Macroeconomía, una materia de segundo año de la carrera de grado. Cuando estaban por finalizar las clases Rolf Ricardo Mantel, entonces director del departamento de economía, me preguntó si conocía a alguien que en 1991 pudiera dictar Economía I. Sin dudar un instante le dije: “Rolf, a la edad que tengo (47 años), me siento en condiciones, y me encantaría, hacerme cargo de esa cátedra. Así que mejor ponete a buscar un nuevo profesor de macroeconomía”.

Así fue como, desde 1991, me convertí en el primer rostro que enfrentan los alumnos y las alumnas que ingresan a la universidad (hasta 2019, alrededor de 5.000 seres humanos)².

Lo de “sentirme en condiciones” merece una aclaración. En los primeros años, luego de graduarse, uno tiene ventaja comparativa en el dictado de las materias más técnicas, las que ocupan los lugares intermedios en la licenciatura. Porque está familiarizado con las herramientas más modernas, y porque transmite esos conocimientos con entusiasmo. Con el correr del tiempo, la ventaja comparativa pasa de la técnica a la “sabiduría”, y por eso tiene sentido que quienes ya no somos tan jóvenes, dictemos las materias introductorias, o los seminarios de especialización, donde los conocimientos adquiridos se pongan en funcionamiento, frente a situaciones prácticas³. Esta última es la razón por la cual, en la Universidad del CEMA (UCEMA), dicto Política económica argentina, una materia del último año de la licenciatura.

¹ Titular de DEPABLOCONSULT. Profesor en la UDESA y en la UCEMA. Miembro titular de la Academia Nacional de Ciencias Económicas. depablo43@hotmail.com. Agradezco a Marcos Gallacher sus valiosos comentarios.

² Desde hace algunos años, dada la cantidad de ingresantes, dejé de ser el único profesor que dicta la materia.

³ La “vejez” puede ser condición necesaria para la sabiduría, pero no necesariamente condición suficiente (Gallacher).

En 1998 publiqué “Mi clase inaugural”, contando lo que hago en la primera clase del curso de Economía I, monografía que reproduzco al final de estas líneas (si, por razones lógicas, primero quiere leer ese escrito, y luego volver al texto principal, no sólo no me molesta sino que le encuentro bastante sentido). Espero no duplicar (demasiado), las 2 partes de este trabajo, que desde el punto de vista de los destinatarios, tienen carácter complementario; porque mientras estas líneas están pensadas principalmente para los colegas, las de “Mi clase inaugural” tienen como principal destinatario a los alumnos.

Organicé las reflexiones que siguen en 3 partes: la primera referida al “qué”; la segunda al “cómo”, es decir, primero hablo de la sustancia y luego del procedimiento; mientras que en la tercera me ocupo de la evaluación contemporánea y posterior, que hacen los alumnos.

1. QUÉ

1.1. Alumnado, una heterogeneidad.

Usted que es profesor, ¿cómo ve a “la juventud” actual?, me preguntan con gran frecuencia.

Mi respuesta es que yo no interactúo con “la juventud”, sino con un par de cientos de chicas y muchachos, que más allá de compartir una clase son bien heterogéneos.

¿Qué tienen en común mis estudiantes? La edad y el hecho de que aprobaron todos los requisitos necesarios para tomar mi curso. ¿Qué tienen de diferente? Todo el resto. La forma de ser, la focalización o dispersión de sus intereses y su atención, el género, el ambiente familiar, su nivel socioeconómico, el lugar donde nacieron y se criaron, etc.

Mi desafío como profesor no consiste en disimular la heterogeneidad del alumnado, sino en aprovecharla, dado que como bien se dice, más de la mitad de lo que aprenden los alumnos no lo aprenden de sus profesores, sino de sus compañeros.

1.2. La economía tiene que ver con lo que nos pasa.

En mi curso sólo hay 2 palabras prohibidas: teóricamente y supuestamente, porque a mis oídos suenan “boludamente”. En esto hago mío el sabio principio con el cual Joseph Alois Schumpeter encaraba las clases, pues al decir de Paul Marlor Sweezy, uno de sus alumnos: “a Schumpeter no le importaba lo que pensáramos... mientras pensáramos”.

Pensar quiere decir, frente a cada cuestión, aplicar la siguiente secuencia: 1) los hechos, siempre primero los hechos; 2) ¿para quién son un problema?; 3) ¿a qué se deben?, y 4) ¿qué podemos hacer al respecto?

Esta es la razón por la cual dedico por lo menos los primeros 20 minutos de cada clase, a analizar los diarios (el alumno que opta por no leerlos sólo puede ingresar al aula cuando terminé esta etapa, porque no tiene por qué beneficiarse por el esfuerzo ajeno, sin contribuir con el propio). No invito a hablar a los alumnos que levantan la mano, sino que los elijo por lista o a simple vista -cuanto más distraídos me parece que están, más chances tiene de que los elija-. En modo alguno circunscribo la discusión a noticias políticas o económicas, porque lo que me interesa es aplicar a cada cuestión, la secuencia planteada en el párrafo anterior.

Hay que animarse a hablar delante de un centenar de compañeros. Por eso, frente a alguna pregunta mía, muchos contestan “no sé”. La respuesta me sirve para aclarar que hay “2 no sé” diferentes. Si pregunto cuál es la capital de Turquía y el alumno no lo sabe, se busca en Google. Pero si planteo un caso donde hay que tomar una decisión y el alumno contesta “no sé”, le muestro el vaso de café que me acompaña en todas las clases, y le digo: “tengo tiempo para esperar la respuesta. Cuando sepas avísame”, con lo cual el alumno tiene que ensayar una respuesta, para que la clase pueda continuar. Cuando, a raíz de actitudes como ésta me acusan de maltratar a los alumnos, respondo que la calle es 10 veces peor, que mejor que practiquen conmigo, porque si no al salir de la universidad los va a pisar un tranvía.

Digresión. Durante la década de 1990 leer los diarios quería decir prestarle atención a su edición impresa (los “alumnos de de Pablo” eran identificables, en el Tren de la Costa y en algunos de los autos que circulaban en dirección a Punta Chica, que viajaban con los diarios desplegados); hoy se leen a través de los celulares. No tengo inconveniente, pero soy exigente para que los alumnos aprendan a “leer”, es decir, a traspasar el título y ocuparse del contenido. Ejemplo: cualquier referencia numérica, además de especificar la variable de la que estamos hablando, tiene que aclarar el valor, la unidad y el período al que se refiere. Para entender no basta decir que “la inflación es alta”, “la pobreza es significativa” o “las ventas subieron”, sin agregar las clarificaciones que acabo de mencionar.

Cuando, a propósito del tema en discusión, tengo que ilustrar, utilizo ejemplos universales. La familia, la medicina, el fútbol, etc. Todos los alumnos tienen una tía, todos saben lo que es una enfermedad, y Argentina es un país futbolero. Nunca falla.

1.3. Preparo a los alumnos para lo que sigue.

3 de cada 4 de mis alumnos no seguirán la carrera de economía, lo cual quiere decir que mi curso será (prácticamente) la única exposición que tendrán, con respecto a la realidad y el análisis económico.

Mi experiencia, y la de muchos otros, indica que cuando una persona dice que determinado campo de estudio “no le gusta”, existe una alta probabilidad de que la culpa sea del profesor que tuvo. ¿Cómo puede alguien odiar la estadística, o la matemática, cuando se

pueden enseñar jugando? Pues bien, hago todo lo posible para que a mis alumnos eso que se denomina “la economía” les guste. Sin olvidar que “el show está al servicio del contenido”. Me explico: si cuando termino un curso, o una conferencia, lo primero que dicen los asistentes es que se divirtieron, fallé porque se me fue la mano; porque la idea no era divertirlos sino transmitir información y conocimientos.

José Enrique Miguens, mi profesor de sociología (UCA, 1964) es mi modelo de cómo hay que encarar un curso de economía, cuyos asistentes seguirán otras carreras. Porque “Jose” (sin acento, como se lo conocía) no pretendió hacer de cada uno de nosotros pequeños sociólogos, sino que nos metió en la sangre conceptos básicos, como la diferencia entre rol y persona. Cuando tengo que dictar un curso para quienes no van a ser economistas, me la paso dando vueltas alrededor de 3 nociones básicas: 1) el principio de escasez, según el cual no hay de todo, para todos, gratis; 2) con lo que hay se pueden hacer varias cosas (frontera de posibilidades); y 3) criterios de asignación, para decidir qué hay que hacer, dentro de lo posible.

¿Atraso con este enfoque la formación de la minoría de mis alumnos, aquellos que van a estudiar van a estudiar economía? No lo creo; si así fuera, las autoridades de la UDESA los hubieran enviado a las otras cátedras de Economía I.

En mi curso los efectos ingreso y sustitución, las fronteras de posibilidades y los desafíos que generan las diferentes formas de mercado, surgen con gran frecuencia. Sin prestarle atención a los economistas que se ocuparon de ellos, o a las circunstancias en que inicialmente fueron planteadas. En el resto de la carrera volverán sobre estos temas, con más profundidad.

Digresión. Una queja estudiantil que escucho con cierta frecuencia es que determinado tema “ya lo vimos”. Yo también creía haber “visto” Microeconomic theory: a mathematical approach, el libro de texto que James Mitchell Henderson y Richard Emeric Quandt publicaron en 1958, hasta que un instructor me dijo: “entonces resuelva estos ejercicios”. De cada relectura de los libros y monografías escritos por los talentosos, saco cosas que no me había dado cuenta que estaban allí.

2. CÓMO

2.1. El programa es una “cáscara”, una guía.

El primer día de clase distribuyo el programa de la materia, que contiene el tema que voy a desarrollar en cada encuentro, así como una descripción de los trabajos que tienen que realizar. Además de lo cual, llego a cada clase con los gráficos y los cuadros que pienso utilizar. Todo lo cual equivale a ir de Buenos Aires a Mar del Plata con un papelito que dice Buenos Aires-Chascomús-Dolores-Las Armas-Mar del Plata.

Lo cual implica que, en cada clase, tengo una idea general de lo que pienso hacer. Ahora bien, cómo se desarrolla es una dinámica imposible de prever. Quien escuche la grabación de alguna de mis clases pensará que fue un caos total; quienes participaron en ella saben que esto es una exageración, aunque la prolijidad formal no es un valor de los más importantes.

Mencioné antes que dedico los primeros 20 minutos de cada clase al análisis de los diarios; pero en modo alguno me ato a esa duración. Si el tema, o la discusión, lo merita, me extiendo, hasta que una nueva aplicación de la “ley de los rendimientos marginales decrecientes” me sugiere que me aboque al desarrollo del tema que tenía previsto.

Todo lo que sirva para transmitir conocimientos me viene bien. Un día, en medio de una clase, un alumno me dijo: “¿cuándo vamos a hablar de socialismo, aquí?”. Ahora respondí, y le dediqué al tema la siguiente media hora. Los análisis “en caliente” (lo cual no quiere decir afectar la rigurosidad del tratamiento), son los mejores desde el punto de vista pedagógico. A propósito: algunos años, el último de los trabajos que tuvieron que presentar los alumnos, fue una descripción y un análisis del Manifiesto comunista, que -por encargo- Karl Heinrich Marx y Frederick Engels escribieron en 1848. Ningún alumno mío se volvió “bolche” por haber leído uno de los más famosos panfletos de la historia de la humanidad.

2.2. Nada de clases magistrales. Complemento entre el profesor titular y los ayudantes.

Un profesor que habla delante de sus alumnos sin parar, sólo o con ayuda de un pizarrón, desperdicia buena parte de su tiempo y, peor aún, se lo hace perder a la mayoría de sus alumnos. Por eso en economía I no dicto clases magistrales sino que, en cierto modo, le dicto una clase particular a cada uno de mis 100 alumnos.

¿Cómo lo hago? Planteo una cuestión que se resuelve utilizando un gráfico de oferta y demanda. Es obvio que estoy en condiciones de hacer en el pizarrón el gráfico de manera correcta, mientras algunos de mis alumnos me ven hacerlo y la mayoría piensa en cualquier cosa (un muchacho, o una chica, de 18 años tiene muchas cosas más importantes que hacer, que prestarle atención a su profesor de economía).

Lo que hago es pedirles a los alumnos que tomen una hoja y que ellos hagan el gráfico. Dejo pasar un minuto y me paseo por los bancos, viendo qué es lo que hicieron. Daniel Barenboim toca como toca porque tiene talento, pero porque además desde hace varias décadas no hace otra cosa que tocar. Dado que antes de ser profesor fui alumno, conozco algunas tretas, de manera que miro fijo a aquellos que -para no “jugarse”, equivocándose- pierden tiempo tomando una regla y dibujando con parsimonia.

Una vez que la mayoría tiene hecho el gráfico, invito a un par de alumnos a que lo reproduzcan en el pizarrón. Aquí la idea es ir de la geometría a la economía, es decir, identifico la situación que representa las curvas dibujadas; para lo cual me sirve alguien que dibujo una situación que no correspondía, y otro con el gráfico correcto. Agradeciéndoles a ambos los importantes servicios prestados (¡nunca hay que humillar -ni permitir que los

humillen- a quienes, aunque involuntariamente, se la tienen que jugar delante de sus compañeros!).

Como dije, apoyo el tratamiento de muchas cuestiones, en cuadros y gráficos alusivos (ejemplos: balanza de pagos, recaudación impositiva, tasa de inflación, etc.). Reparto copias entre los alumnos y les doy un par de minutos para que cada uno responda la siguiente pregunta: ¿qué ves? Quiero decir, ¿qué te transmiten los números y las curvas que tenés delante? Es lo mismo que el médico que les resparte a sus alumnos radiografías o análisis de sangre, y les pregunta a los alumnos qué es lo que ven.

La técnica viene después, primero hay que aprender a ver. Claro que la economía no es ni aritmética ni geometría, utilizamos la aritmética y la geometría para entender los comportamientos humanos, cuyas consecuencias se reflejan en cuadros y gráficos. Pretender que en economía se puede opinar, pero en serio, ignorando los números, equivale a dejarnos operar por un cirujano que no mira nuestras pulsaciones y glóbulos, porque los números deshumanizan al paciente.

Rol de los ayudantes. Un buen curso complementa presentaciones teóricas y análisis prácticos, pero; ¿quién dijo que las primeras tienen que estar a cargo del profesor titular, y los segundos a cargo de los ayudantes? Por aplicación del importante principio de la ventaja comparativa, en mi curso los ayudantes explican la teoría, quedando a mi cargo la aplicación. La clave está en contar con ayudantes aptos para que nos complementemos.

2.3. Trabajos prácticos.

Los alumnos tienen que presentar 3 escritos. El primero consiste en graficar cualquier serie, adjuntando una página con el correspondiente “qué ves”; el segundo en describir y evaluar un día en la vida de... (listo 10 ocupaciones, que asigno según el último número del registro del alumno); y el tercero, hacer lo mismo con un trabajo significativo (ejemplos: la Constitución Nacional, la Representación de los hacendados, de Mariano Moreno, el Manifiesto Comunista, Gianni Schicchi, etc.).

Cada uno de los trabajos persigue un objetivo diferente. El primero induce a los alumnos a buscar una serie estadística, a graficarla (¡no a copiar un gráfico ya hecho!) y a comenzar a aprender a evaluar datos; el segundo obliga a conectarse con un remisero, un médico, un sacerdote, etc., escuchar un relato y luego reflexionar sobre él; y el tercero pretende que los alumnos sinteticen un texto significativo.

No hay excusas para no entregar algunos de los trabajos en tiempo y forma. Les explico a los alumnos que hay que educar la voluntad y prever contingencias o, si se prefiere, que la diferencia entre presentar algunos de los trabajos, y elaborar una explicación de por qué no se pudo presentar, es infinita, así que que ni lo intenten.

2.4. Nota del curso.

Pago por dictar clases y cobro por preparar y corregir los exámenes (menos mal que, por ahora al menos, el neto es a favor mío). Supongo que a muchos profesores les ocurre lo mismo, pero como ellos supero el fastidio que me provoca prepararlos y tomarlos, porque de lo contrario los alumnos no estudiarían. ¿Por qué los alumnos entienden más, al comienzo de la segunda parte del curso? Porque tuvieron que estudiar para rendir el primer parcial.

Porque soy muy malo escuchando, y no solamente por la cantidad de alumnos que tengo, tomo exámenes escritos; y porque no sabría cómo corregir un examen del tipo “composición: tema, la vaca”, y no solamente por el número de alumnos que tengo, los exámenes son de respuesta múltiple. Lo cual implica gran esfuerzo de preparación, pero la corrección queda en manos de los asistentes.

En la primera clase, como parte del programa, los alumnos reciben la siguiente información: “El curso se aprueba así: la nota del SEGUNDO EXAMEN PARCIAL será aumentada en 2 puntos cuando la nota del primer parcial sea de 9 o más; será aumentada en 1 punto cuando sea 8; será disminuida en 2 puntos cuando el parcial haya sido reprobado; y en 3 puntos cuando el alumno esté ausente, CUALQUIERA SEA LA CAUSA DE LA AUSENCIA. La nota del segundo parcial será 1, cuando no haya sido rendido. CUALQUIERA SEA LA CAUSA. Además, será aumentada en 2 puntos cuando los 3 trabajos me gusten; en 1 punto cuando 2 de los trabajos me gusten, y en medio punto cuando sólo 1 de los trabajos me gusten; será disminuida en 1 punto cada vez que algún trabajo me parezca una porquería; y en 2 puntos cuando no se lo presente en fecha, CUALQUIERA SEA LA CAUSA”.

Esto resultó de mi experiencia. Basar la nota del curso en el segundo examen parcial implica que los buenos alumnos no se pueden dormir en los laureles, porque obtuvieron buenas notas en el primer parcial y en los trabajos prácticos; basar la nota del curso en 5 calificaciones parciales disminuye el subjetivismo (puedo estar más cansado, al corregir algunos trabajos prácticos, pero difícilmente corregir los diferentes trabajos de un mismo alumno, en distintos momentos, me agarre con el mismo nivel de cansancio).

Los alumnos tienen derecho a cuestionar la nota que les puse, pero para que revea la calificación tienen que presentar una nota explicándome por qué creen que lo corregir mal, además de adjuntar el trabajo corregido. Sólo si me convence el texto de la carta reviso el trabajo; y no tengo ningún inconveniente en modificar la nota, si me equivoqué (no ocurre con frecuencia, pero ha ocurrido).

Me acusan de poner las notas en base a una “curva”. Nunca entendí de qué están hablando. A quienes me dicen esto les respondo que lo único que hago es ordenar a los alumnos según el puntaje obtenido, sumando las notas de los 2 parciales y los 3 trabajos, poniéndole mayor nota a quien tiene más puntaje (¿qué otra cosa cabría hacer?).

3. EVALUACION DE LOS ALUMNOS, DURANTE Y DESPUÉS.

Si tuviera que sintetizar en una imagen la forma en la que encaro el curso, utilizaría la siguiente: si alguien me pide que le enseñe a nadar, lo tiro a la pileta y sólo lo ayudo cuando me convengo de que realmente se está por morir ahogado. Menos mal que enseñás Economía I y no Cómo aprender a nadar, pensará más de uno.

¿Qué piensan aquellos que tomaron el curso? Existen diferencias entre la evaluación inmediata, y la que surge con el paso del tiempo. Mientas dicto el curso, el alumnado se divide en 2: están los que me aman y aquellos que hablan mal de mi mamá (a estos últimos les indico que la UDESA es una universidad tan completa, que hasta tiene una cafetería, espacio adecuado para que los alumnos hablen mal de los profesores).

Pero cuando, una década después de graduados, nos volvemos a encontrar, el agradecimiento es unánime. ¡Aún entre aquellos que no lo aprobaron y tuvieron que recurrir la materia! Porque las experiencias que vivieron les permitieron entender algunas de las “locuras” que hice en el aula.

Lo cual me pone más que contento.

4. MI CLASE INAUGURAL⁴

Desde 1991 dicto Economía I y II en la Universidad de San Andrés (UDESA). Lo cual implica que desde 1991 soy el primer profesor que enfrentan las chicas y los muchachos que ingresan a la UDESA.

Las líneas que siguen sintetizan mi primer contacto con los alumnos. Es la clase que me hubiera gustado escuchar cuando en 1960 ingresé a la Universidad Católica Argentina (UCA). Quizás fue mi primera clase, pero la emoción de entonces me impide recordarla.

Bienvenidos a la universidad.

Bienvenidos a la UDESA.

Bienvenidos a este curso.

. . .

⁴ Reproducida de Incompletísimo diccionario de economía, volumen IV, Macchi, 1998. Reproducida en www.juancarlosdepablo.com.ar, artículo No. 901.

1. Inician hoy el paso por la universidad, una vivencia que va a durar (por lo menos) 4 años, y seguramente influir durante el resto de sus vidas.

De algunos aspectos de esta vivencia quiero hablarles hoy, sabiendo que como ocurre con toda vivencia, dichas características las van a ir apreciando con el tiempo, "viviéndolas".

El aspecto de la vivencia universitaria que quiero destacar de manera especial consiste en que, en la universidad, cada alumno se hace cargo de su propia existencia. Proceso no carente de angustia, por cierto, pero al que se sobrevive (a quien esto le parezca psicológicamente insoportable, le comunico que "la calle" -a la que irremediablemente irán, al salir de aquí- es 10 veces peor).

En la universidad es uno mismo -y no sus padres, o los amigos de los profesores- quien pelea por sus derechos, decide si va a clase o no, elige cómo encarar un trabajo y a qué hora y con quién estudia, aprende a escuchar a sus compañeros y a argumentar delante de ellos, aprende a pensar, etc.; lo cual implica revisar el bagaje de conocimientos y prejuicios con los que llegó hasta aquí, aprendidos en la casa, la escuela primaria y secundaria y la barra de amigos (de ese tío que, según la familia, "sabe todo", porque alguien en la familia tiene que saber). Además de todo lo cual aprende una disciplina (ejemplos: economía, medicina, filosofía, etc.).

Como comprenderán, mis queridos alumnos, hay muchos graduados universitarios que no tuvieron "vivencia" universitaria, así como hay muchos que nunca pisaron ninguna facultad, y sin embargo parecen haber experimentado dicha vivencia.

En este curso les voy a ayudar a que sepan. Saber no quiere decir deslumbrar a los demás con citas de Plutarco o teoremas esotéricos. Saber quiere decir "llevar en la sangre" los conocimientos, tenerlos tan entendidos que están listos para aplicar a propósito del desafío que se nos presente en la vida. Quien los contrate, menos y menos les va a preguntar dónde estudiaron, y más y más les va a preguntar qué es lo que saben hacer.

A propósito: tengo que enseñarles cosas que les resulten útiles a lo largo de toda la vida. La enorme mayoría de ustedes egresará dentro de 4 años, y trabajará durante los 40 subsiguientes. ¿Qué creen que estarán haciendo dentro de, digamos, 30 años? (Silencio total). Yo les voy a decir: dentro de 3 décadas ustedes van a estar resolviendo problemas. ¿Cuáles problemas? No lo sé. Por consiguiente, no los voy a entrenar en la resolución de problemas específicos (que podrían no existir en el futuro), sino en el mecanismo mediante el cual se identifican los hechos, se los califica como problemas, se los explica causalmente, y se averigua qué es lo mejor que se puede hacer al respecto. Así es como yo me gano la vida, y tan mal (por lo menos hasta ahora) no me fue.

Junto a la preparación profesional es importante que ustedes se "galvanicen" personalmente. "El buen economista (lo que sigue vale para todas las profesiones) pone la cabeza fría al servicio del corazón caliente", dijo el inglés Alfred Marshall hace ya un siglo. Quien no tiene el corazón caliente no sabe a dónde quiere ir, pero quien no tiene la cabeza fría corre riesgos de alejarse del lugar al que quiere ir. ¿Quién habla bien del médico o del dentista, que nos hace doler y encima nos cobra? Pero muy mal médico o muy mal dentista es aquel que, por no hacernos doler, termina matándonos. El ejercicio responsable de la profesión casi invariablemente nos lleva a aconsejar "ajustes", no porque nuestra mamá no

nos dijo que había que ser buenos en la vida, sino porque llegamos a la conclusión de que tal acción es la óptima, es decir, la mejor dentro de las posibles.

2. Espero que no desperdicien la oportunidad que se les presenta, posibilitada por el esfuerzo de algún familiar y/o aportante al fondo de becas de la universidad. No desperdiciar la oportunidad no quiere decir cambiar de carrera, o aún de casa de estudios, si con el tiempo ustedes descubren que su verdadera vocación no es la que pensaron inicialmente (un tema sobre el que volveré); no desperdiciar la oportunidad quiere decir pretender "jugar el partido de afuera, en vez de meterse intensamente en él". Voy a hacer todo lo posible para complicarle la vida a quien pretenda desperdiciar esta oportunidad que la vida le brindó.

3. La vivencia universitaria surge, complementariamente, de actividades académicas y extraacadémicas. Es tan "universitaria" la concurrencia a las clases y el trabajo de biblioteca, como la asistencia a un cine-debate, la participación en el coro o la integración del equipo de bochas de la universidad. Lo cual no quiere decir que el uso del tiempo de cada uno de ustedes no deba decidirse según prioridades (aprender el manejo del uso del tiempo es, precisamente, una de las dimensiones de la vivencia universitaria).

Excelente materia prima de las actividades extraacadémicas es... la realidad. Durante mi paso por la UCA (1960 a 1964) derrocaron al Presidente Frondizi, intentaron invadir Cuba, se pelearon los militares "Azules" y "Colorados", etc.; y durante mi estadía en Harvard (1966 a 1968) la guerra de Vietnam llegó a su pico máximo, tuvo lugar la Guerra de los Seis Días, asesinaron a Martin Luther King y a Robert Kennedy, etc.; todo lo cual motivó reflexiones personales y debates formales e informales. Si de algo estoy seguro es que, tanto en nuestro país como en el mundo, en los 4 próximos años van a ocurrir nuevos eventos, que servirán como materia prima para tus actividades extraacadémicas.

4. Cuando en la Carmen de Carlos Saura el bailarín nota que su pareja no está danzando con ganas, le dice (en porteño): "si vos no te creés que sos Carmen; ¿quién se lo va a creer?". Pues bien, todos los profesores creemos ser Carmen, aunque sólo unos pocos realmente lo somos (sic).

Hay toda clase de profesores: algunos preparan sus clases, otros no; algunos prefieren la teoría, otros las aplicaciones; algunos son tímidos, otros no; algunos hacen participar a los estudiantes en clase, otros no; algunos son matematicomaníacos, otros matematicofóbicos; algunos saben de qué hablan, otros no, etc.

Ustedes no están aquí para mejorarnos a nosotros (aunque las preguntas que formulan son, con frecuencia, fuente de inspiración para futuros trabajos nuestros), y menos aún para tratar de que los matematicomaníacos utilicen un enfoque intuitivo en el aula, y los matematicofóbicos llenen el pizarrón con ecuaciones y gráficos.

Como a los locos, lo que le conviene a cada uno de ustedes es correrlos a cada uno de nosotros para el lado que disparamos. ¿Te tocó un fanático de la historia? Sacale todo el jugo histórico posible. ¿Te tocó un loco por las matemáticas? Aprendé matemáticas con alguien que tiene pasión por ellas. Con el tiempo, dentro de tu mente irás balanceando los diferentes enfoques.

Como el resto de los seres humanos, los profesores merecemos respeto. Pero en la universidad el respeto al profesor no implica dejarle pasar los errores, o aceptar como

indiscutible la materia opinable. Tratar de poner en aprietos al profesor titular, y sobre todo a los asistentes, uno de los deportes favoritos de los estudiantes, con frecuencia moviliza más energías que las destinadas a ocuparse de las asignaciones específicas de cada cátedra; lo cual es muy positivo porque en el fondo también sirve para aprender a aprender. El alumno tiene que aprender a interactuar con los profesores sin miedo, porque en la universidad -como leí que Victoria Ocampo le escuchó decir a Gandhi- la verdad es Dios.

5. Los alumnos aprenden algunas cosas de sus profesores, pero mucho más de sus compañeros (y no les digo nada lo que aprenderán, cuando ya graduados intenten transmitir a los nuevos alumnos, los conocimientos adquiridos).

Una de las sorpresas que se llevarán al interactuar entre ustedes será descubrir que en este salón no todo el mundo piensa igual. Razones individuales, familiares, sociales, de sexo, circunstancias, etc., naturalmente impactan en la visión del mundo de cada uno de nosotros. La confrontación (pacífica, espero) de visiones resultar muy fructífera.

Resulta particularmente auspicioso que aproximadamente 15% de ustedes provenga del interior del país. Qué importante es, para porteños y porteñas tilingos, interactuar con "aborígenes" de Córdoba, Salta, Comodoro Rivadavia, Neuquén o Ushuaia, y viceversa. Cuando suceda algún hecho en, digamos, Posadas, tendremos la versión "local" del mismo por parte del correspondiente aborigen, junto a la versión "nacional" de los porteños, y de la comparación de ambas aprenderemos un montón sobre el hecho, y sobre nosotros mismos.

La amistad que se forjará entre buena parte de ustedes durante estos años, tendrá algunas manifestaciones inmediatas (incluyendo romances y, eventualmente, bodas), y se desarrollará durante el resto de la vida. Permítanme contarles una anécdota. Cuando cursaba cuarto o quinto año en la UCA, escuché por televisión al médico Raúl Matera hablar maravillas de quienes habían sido sus compañeros de la facultad. "Qué envidia", pensé, "porque nosotros vivimos tironeándonos permanentemente". Pues bien, 3 décadas después de dejar la universidad, una vez por mes un conjunto de graduados de la UCA nos reunimos para almorzar, y ahora yo digo exactamente lo mismo que Matera en su momento.

. . .

6. En la Universidad de San Andrés ustedes van a encontrar muchas cosas que también existen en otras universidades, junto a ciertas características distintivas, algunas malas y otras buenas. Quiero hablar de estas últimas.

Cuando leí los documentos fundacionales de la UDESA, el aspecto que más me atrajo fue el propósito de formar personas, que además tuvieran cierto conocimiento específico. No sólo formar un técnico, que de tanto saber todo de una sola cosa, al final termina no sabiendo nada de nada.

Me parece importantísimo que quienes buscan graduarse en economía estén expuestos al ABC de la ciencia política, y que quienes están interesados en ciencia política estén expuestos al ABC de la ciencia económica; y que unos y otros tengan que escuchar un concierto, pintar un cuadro o tener una hoja de árbol en sus manos (recibí buena educación,

pero nada experimental. Será por eso que valoro esto, a pesar de lo que ahora piensen algunos alumnos de la UDESA, y que con el tiempo también valorarán).

La UDESA es una universidad exigente. ¿Por qué no habría de serlo, formando alumnos que no trabajan, en años de enorme fertilidad mental? El crimen sería el contrario: el de hacerle desaprovechar al educando años en los cuales se aprende "jugando", haciéndole creer que uno puede incorporar actitudes universitarias, y el conocimiento -pero en serio- de una disciplina específica, leyendo un par de hojas fotocopiadas, de un libro que no sabe cuál es porque nunca lo tuvo en sus manos. La contrapartida de la exigencia de hoy es nada menos que el pasaporte a la participación plena futura en el mundo real.

¿Es la UDESA una "burbuja", dado el origen socioeconómico de sus alumnos? (la pregunta, que escucho con frecuencia, ignora que aquí 1 de cada 4 estudiantes recibe alguna clase de ayuda, y por consiguiente la base social es más amplia de lo que sugiere el costo de la matrícula). Depende de los profesores. En este curso me encargo personalmente de pinchar la burbuja, cada vez que ésta se genera. Para lo cual no es necesario que los baños no funcionen, que los profesores falten a las clases, o que la biblioteca no opere por corte de luz; basta con que el profesor integre la realidad a la clase, a través del material que propone para el análisis. Ya verán como lo hago.

. . .

7. Hablé de la universidad en general y de la UDESA en particular. Es hora que hable de este curso.

Francisco Valsecchi, quien me enseñó microeconomía en 1961, solía clasificar a los profesores en 3 categorías: los jóvenes, "que enseñan más de lo que saben"; los adultos, "que enseñan sólo lo que saben"; y los viejos, "que enseñan apenas lo que los alumnos necesitan saber, para aprender por ellos mismos".

Naturalmente, comencé siendo un profesor joven, pero desde hace muchos años, según la valiosa clasificación de Valsecchi, soy un profesor viejo. Viejísimo, en rigor.

Me ayudó a pasar rápidamente de la juventud a la vejez, haber sido profesor de economía en la Escuela de Administración del Instituto para el Desarrollo de Empresarios en Argentina (IDEA). Porque allí, entre 1976 y 1978, ví como mis colegas utilizaban el denominado método de los casos. Con el tiempo adopté en mis cursos la mencionada técnica, que tiene como importantísima característica el centrar la actividad en el participante, y no en la clase magistral que dicta el profesor.

8. ¿Para qué estoy, en este curso? Para preparar el programa, la bibliografía y la asignación de tareas, que distribuiré en un instante; para proponer el análisis de cuestiones, y para dirigir el debate a partir de la posición que cada uno de ustedes individualmente adopte, en base al material que voy a distribuir antes de comenzar el análisis de cada cuestión. No es poco.

Es probable que les hayan dicho que en la UDESA los profesores nos ocupamos de los alumnos, y que estamos aquí para atender sus necesidades. En este curso, no. Quiero decir, estoy al servicio de ustedes, pero no al servicio de la pavada. Porque esto no es el Jardín de

Infantes de San Andrés, sino la Universidad de San Andrés, y por consiguiente no me pagan para responder preguntas del tipo "¿se puede contestar el examen con lápiz?"; "¿dónde se compran los libros incluidos en la bibliografía?"; "¿puedo ir al baño?". En una de las hojas que distribuiré de inmediato aparecen las fechas y las características de los trabajos que tienen que presentar en el curso; no pienso recordárselas más.

9. En este curso, como en el resto de tu experiencia universitaria, la parte más importante de tu preparación no ocurre en el aula sino en la biblioteca, en tu casa, en el bar, Dios sabe dónde. Porque no surge del seguimiento pasivo de lo que el profesor hace y dice en clase delante de los alumnos, sino de "meter literalmente tus manos" en el material que se propone para el análisis.

Soy un fanático de los libros, y consiguientemente un enemigo de los apuntes, porque con aquellos vas formando la genuina "artillería" con la cual eventualmente vas a atacar los problemas que tendrás que solucionar. ¿Cuántos centímetros mide tu biblioteca?, le pregunto siempre a mis ex-alumnos, para verificar qué están haciendo al respecto.

Quien "descula" libros, monografías originales, etc., va a apreciar, en algún momento, cómo lo que va aprendiendo le entró en la sangre, y lo comienza a aplicar casi sin darse cuenta. Ese momento maravilloso del descubrimiento del proceso intelectual, cuando espontáneamente brota el "oia", sólo se logra con el trabajo personal, paciente, sobre el material escrito, guiado por la discusión en clase.

En ese proceso, insisto, personal, mi rol como profesor es apenas el de facilitador, corrigiendo desvíos mayores del rumbo (los menores los alumnos los corrigen solos).

10. Economía I, que dictaré este semestre, y economía II, que dictaré en el próximo, forman parte de un mismo curso.

El objetivo del primer semestre es lograr que ustedes amen el análisis económico: que aprecien para qué sirve (si quieren que me salga espuma de mi boca, al responder alguna pregunta díganme que "teóricamente" tal cosa, porque yo la entenderé como que "boludamente" es tal cosa); que comiencen a familiarizarse con la forma en que se aplica; que tomen un primer contacto con algunas de nuestras realidades locales e internacionales; que sepan leer y construir un cuadro o un gráfico; etc.

Por ello, con ayuda del material que distribuiré en cada caso, nos ocuparemos del PBI, la inflación, la inversión, el dinero, la balanza de pagos, la ocupación y la desocupación, la posición de Argentina en el mundo, la oferta y la demanda, las formas de mercado, etc.; y también de cuanta cuestión "flote en el aire" y nos permita mostrar qué hace un economista frente a una situación concreta.

El objetivo del segundo semestre es introducirlos al modo de pensamiento del economista profesional. En vez de centrarnos en hechos nos centraremos en métodos, analizando en detalle los modelos más simplificados, como el de monopolio y competencia en microeconomía, y el clásico y los keynesianos en macroeconomía.

11. En este curso hay chicas y muchachos que, dentro de algo más de un año, tendrán que optar por especializarse en administración de empresas, ciencia política, contaduría, economía y relaciones internacionales. Algunos de ustedes ya tienen decidido cuál

especialización van a seguir, otros no; y no hay seguridad de que terminen eligiendo aquello que hoy tienen pensado. Pero para mí, en esta aula, hay una clase de alumnos, no importa si luego van a especializarse en economía o no. De hecho, en la lista que me proporciona la universidad no se distingue la especialización que cada uno prefiere, y tampoco me importa.

12. Aludí antes al tema de la vocación. Por si a alguno le sirve voy a contar mi experiencia (lo que sigue fue extraído del capítulo 10 de mi autobiografía (Apuntes a mitad de camino, Ediciones Macchi, 1995, que se puede consultar en www.juancarlosdepablo.com.ar).

“¿Por qué estudié economía? Mi caso puede llegar a deprimir psicológicamente a aquellos que ‘creen’ en la vocación, en el ‘llamado sagrado’ (como, presumo, sienten los que se inclinan por el sacerdocio). A comienzos de la década de 1960 la Universidad Católica Argentina ofrecía las licenciaturas en economía y en administración de empresas. En ambos casos la carrera duraba 5 años, y los 2 primeros tenían las mismas asignaturas. Durante el lapso en que no tuve que optar me la pasé diciendo que iba a estudiar administración de empresas, porque los economistas eran... y entonces decía todo lo que los demás dicen de nosotros.

Mientras estudié en la universidad trabajaba antes de ir a clase. El mismísimo día en que, al comienzo del tercer año, tuve finalmente que optar por una carrera o por la otra, la cuestión surgió conversando con Guillermo Lladó, el contador con el cual yo trabajaba. Le expliqué que me iba a anotar en la carrera de administración de empresas. Me pidió los programas. Le dije que no los tenía, que sólo contaba con una planilla, a 2 columnas, que contenía el listado de las materias de cada una de las 2 carreras (la parte superior, la de los 2 años comunes, tenía una sola columna). Luego de una somera lectura me dijo: ‘Anotate en economía, tiene más polenta’. Mi pregunta, la pregunta que hace cualquier alumno en esas circunstancias, fue: ‘pero; ¿de qué voy a trabajar cuando me reciba?’. Lladó me dijo: ‘por eso no te preocupés, porque el trabajo depende de la capacidad, no de la profesión’. Entonces, haciendo uso intensivo de mis complejos de superioridad, me dije: ‘Si es así, no tengo problema’. Fuí a la UCA y me registré en economía”.

Lo cual no necesariamente quiere decir que la profesión que cultivo ahora me guste menos que a otro que sintió inicialmente una vocación más fuerte que la mía.

En Economía: ¿una ciencia, varias o ninguna? (Fondo de Cultura Económica, 1994) mostré cómo gran parte de los ‘grandes’ de la economía -incluyendo la mayoría de los premios Nobel- llegaron a la profesión por razones muy poco ‘románticas’. Abba P. Lerner, por ejemplo, eligió economía y no psicología tirando una moneda al aire.

13. En grupos de 10, a lo largo del curso almorzaremos. Al disponer los grupos por abecedario, romperé las barras y mezclaré a los alumnos. El sentido del almuerzo, que dicho sea de paso está a cargo de cada uno de los participantes (la propina a mi cargo), es el de permitirle a cada alumno que me haga las preguntas que no se atreve a hacer en clase, pero más importante todavía, que interactúe de manera más estrecha con sus compañeros. Subproductos no queridos, pero no por ello menos jugosos, son las críticas que se formulan a los ausentes (autoridades de la UDESA, otros compañeros de estudios, autoridades nacionales, técnico de la Selección Nacional de Fútbol, etc.).

14. Antes de comenzar esta clase repartí un formulario de encuesta, en cuyo anverso les pedí algunos datos para ver "dónde están y cuánto saben", y en cuyo reverso les pedí que volcaran su estado de ánimo y expectativas, en un día tan especial de sus vidas. Hacia fin de año se los pienso devolver, para que aprecien el avance que -espero- van a hacer a lo largo de este año.

. . .

Por último quiero compartir con ustedes el par de mayores máximas que desde hace muchos años me ayudan a vivir. No tienen por qué ser tus máximas, te las cuento por si te sirven.

El capítulo 32 de Apuntes a mitad de camino, titulado precisamente MIS DOS MAYORES MAXIMAS, dice textualmente:

Hace ya muchos años que mi accionar se guía por un par de máximas bien "máximas".

La primera es la siguiente:

NUNCA VOY A TENER MENOS DIFICULTADES QUE AHORA.

Cuando estamos preparando el examen de ingreso para la escuela secundaria, soñamos con el día posterior al examen en el cual -pensamos- habremos de tener un problema menos. Si aprobamos el examen, lo más probable es que no tengamos un problema menos sino que dejaremos de tener ese problema pero comenzaremos a tener otros, que antes existían pero de manera latente a la luz de la dificultad concreta que teníamos que enfrentar.

La novia piensa en casarse, para tener un problema menos; la recién casada piensa en cuando tendrá el hijo, para tener un problema menos; la madre reciente piensa en cuando caminará su niño, para tener un problema menos; varios años después suspira con el momento en que vaya a la escuela primaria, y luego a la secundaria, para tener un problema menos; cuando cree que al salir solo de noche va a descansar no duerme hasta que escucha la puerta de calle que indica que el vástago está de vuelta; el día del casamiento se angustia por el futuro de la flamante pareja; y más tarde por la salud de los nietos. ¿Quiere mejor prueba de lo que estoy diciendo?

Mi hobby es escribir libros. Hace veinte años tenía semanas enteras para hacerlo. Luego apenas tuve días enteros. Desde hace muchos años no tengo un día que pueda dedicar íntegramente a la escritura. Y sé que nunca más voy a tener el tiempo que tuve. Nunca.

¿CUAL ES LA RESPUESTA? Hay que organizarse.

La abuela que ve a la hija (o nuera) cambiarle el pañal al nieto revolea los ojos pidiendo ayuda al cielo, como si ella la primera vez no hubiera hecho cosas parecidas (Dios, en su infinita bondad, fabricó a los bebés a prueba de padres primerizos); cuando entramos por primera vez en un canal de televisión, torre de control de un aeropuerto o cocina de un restaurante, admiramos la destreza que observamos, olvidando muchas veces que, al decir de Jorge Porcel, "son años".

La respuesta a la ineludible realidad de la vida planteada en la primera de mis máximas es la organización o, si se prefiere, el cambio tecnológico. Hay que encontrarle la vuelta para seguir haciendo las cosas que a uno le gustan, sabiendo que si insistimos en las viejas formas de hacer las cosas necesitamos un día de 48 horas.

Dichas formas de la organización dependen de como es cada uno, de las cosas que quiere hacer, y de los desafíos que tiene que enfrentar, de modo que al respecto no hay recetas generales. Pero, para aquel a quien le sirva, aquí van algunos ejemplos que surgen de mi experiencia: 1) desde 1985 tengo computadora personal. No sé programar, ni me interesa. Me liberé cuando leí en un libro que apretando el teclado es imposible romper una máquina (a lo sumo se borra un archivo, pero para eso están las copias); 2) no dudo en decir que no, de inmediato y con todas las letras, cuando algo no me interesa, porque mi yo interior me obliga a cumplir cada vez que digo que sí; 3) termino todo lo que empiezo, porque con algo terminado se puede ver que se puede hacer (incluso tirarlo), pero con algo a medio hacer no se puede hacer nada. Esta es una de las lecciones más importantes que aprendí de mi uno de mis maestros, José María Dagnino Pastore; y 4) le presto mucha atención a mis impulsos (me dejo llevar cuando la voz interior me dice que le dé para adelante), y utilizo mucho el beneficio de la duda; pero corrijo rápidamente en cuanto me doy cuenta que el rumbo elegido no conduce a nada bueno.

La segunda máxima es la siguiente:

LA PARCA NO AVISA: EN CUALQUIER MOMENTO ME PUEDO MORIR

Hoy estamos, mañana...

Esto es elemental, pero hay que remarcarlo.

¿CUAL ES LA RESPUESTA? Hay que divertirse.

Vivo cada minuto como si fuera a ser el último. Lucho, por consiguiente, para que sea el mejor posible. Le presto atención a quien está conmigo, o le hago saber que no me interesa lo que está diciendo; hago chistes, y festejo los ajenos, porque para mí la risa es como la comida y la bebida.

En particular, esté donde esté (en mi casa, en una oficina, con amigos o seres humanos circunstanciales, etc.) busco crear un ambiente que tenga esas características. El mundo del trabajo absorbe una parte tan grande de nuestra existencia, que no se puede dividir el tiempo entre los momentos "en que se trabaja" y aquellos "en los que se vive".

Al respecto, irremediablemente, aparece aquí la cuestión de la relación (o falta de ella) que hay entre dinero y felicidad. Ni una cosa ni la otra: conozco pobres felices y ricos infelices, pero no argumentaría en favor de la falta de correlación general entre una y otra. En todo caso argumento en favor de no agotar la existencia en la relación que existe entre dinero y felicidad.

¿Es posible divertirse cuando uno está sano, razonablemente alimentado, tiene trabajo y libertad, mientras otros seres humanos están enfermos, hambrientos, desocupados o presos? Sí. A quien en serio le preocupan las desgracias ajenas, lo que tiene que hacer no es disminuir masoquistamente su propio gozo sin transformación en beneficio ajeno; lo que tiene que hacer

es hacer algo por el otro: dar parte de sus ingresos, o parte de su tiempo, para que algún otro sufra menos. Y entonces ponerse a reír juntos.

Organizarse, para enfrentar los inevitablemente crecientes desafíos, y divertirse "por si las moscas", son las máximas que descubrí viviendo. El uso, por parte de cualquier otro ser humano, no sólo no está prohibido en forma total o parcial, sino que está fuertemente sugerido.

¡Animo!